

especie de amor. Pues ¿cómo en tan poco me tienes, Salucio; que la honestidad he de echar por tierra, y manchar el casto pecho que con tanta fama de virtuosas costumbres hasta hoy se ha mantenido? Pues ya que á esto no miraras pasando por tí, acuérdesete la ofensa que á Dios haces, y la que yo haría, si de tu locura cuenta hiciese. Así que, Salucio, la mayor merced que hacerte puedo, es no acordarme que tal me has dicho, y tú ten tanta cordura, que volviendo sobre tí te conozcas; y conociéndote, te vengas á enmendar; que si no lo haces, tu atrevimiento terná amargo fin, y lo que agora callo, tomando á burla tus palabras, muy de veras descubriré tu traicion. Mas haciendo lo que te aconsejo, echaré tus razones á mocedad y poca experiencia.» Y como esto dijo, sin decir mas palabra se me quitó de delante. Yo quedé en aquel punto cual queda el dia faltándole el claro sol, y como muerto me fui á mi posada, tan confundido de mi propia vergüenza, que acordé secretamente de salir de Milán, y tomando este hábito me vine á este lugar, adonde unas veces estoy tan loco del ardiente fuego que el amor en mis entrañas ha puesto, que me pongo al extremo de la muerte, si Dios no me socorriese; porque volviendo en mí, procuro despedir aquel ardiente dolor, tomando en penitencia la vida que aquí hago, reprehendiéndome mucho de la poca fe que á Galeazo tuve: mira si tengo razon de desear la muerte.»

Luzmán, que muy atento habia estado á las palabras de Salucio, quedó muy maravillado de oirlo, y sabiendo que era de Jénova, hijo de ricos padres, y que su mal no tenia remedio, doliéndose mucho dél, le respondió desta manera: «ninguna cosa puede suceder en la vida, mi buen amigo, por grave y terrible que sea, que si el que la padece se pusiese á mirar los grandes trabajos que otros padecen, ciertamente su mal terná por liviano, cuanto mas el vuestro, pues amastes en lugar tan dificultoso, y de allí no podia sino salir fruto amargo. Alégrome mucho de ver que os conocéis; que dese conocimiento verná el volver sobre vos, pues veis que vuestro mal la cura que tiene es olvidaros dél, y acordaros de vos y de vuestros padres, y sobre todo, que sois cristiano, de noble sangre, y que el ánima ha de durar obrando lo que debe, que no plegue á Dios que, por el contento del cuerpo y su inclinacion, se pierda aquella en quien tanta escelencia Dios puso. Pues yo os ruego, mi buen señor, por amor mio, os queráis venir en mi compañía ó yo en la vuestra, á casa de vuestro padre; que podrá ser que no pasen muchos dias, cuando Dios os dé nuevo consuelo, determinándoos vos á hacer lo que está en vuestra mano.» Salucio llorando de sus ojos, le dijo: «¿cómo podré yo, amigo, parecer ante gentes, que aun destos montes y verdes campos tengo vergüenza?»

«Dejaos deso, dijo Luzmán, que vuestro hecho solo vuestro corazon y vuestra señora lo sabe, pues yo otro vos soy en el amor que os tengo.» Salucio se levantó, y llorando le comenzó á abrazar. Pues tales palabras le supo Luzmán decir, que le venció; y así estuvieron ahí esa noche, y otro dia se partieron para Jénova, y entraron en ella de noche, porque Salucio no fuese conocido, y se fueron derechos á casa de su padre, que entrando en ella no poco espanto recibió el rico Pinelo en ver así á su hijo; mas nunca dél pudo entender la causa por qué así venia; solo entendió de Luzmán que era un voto que habia hecho en una enfermedad que habia tenido. Pues desta manera estuvo ocho dias en la casa de su padre, procurando sus hermanos y parientes de alegrarle cada dia con fiestas y banquetes. Luzmán en este tiempo vió la ciudad y sus hermosas salidas, y su puerto de mar; y al noveno dia á la noche, acabando de cenar el rico Pinelo con algunos parientes suyos, estando sus hijos presentes, que mujer ya no la tenia, el lastimado Salucio, que siempre vertia

lágrimas dando congojosos suspiros, dijo á Luzmán que junto á él estaba: «mi buen amigo, secretario de mi corazon, yo os ruego que por me dar algun contentamiento, tañendo canteis alguna cosa, pues Dios tanta gracia os dió en todo, que podrá ser que será esta la última alegría que podré recibir.» Luzmán y todos cuantos allí estaban se dolian mucho de verle con tanta tristeza, y por consolarle y hacer lo que le pedia mandó traer una vihuela, y traída que fué, dulcemente la comenzó á tañer y á decir della los siguientes versos:

Ninguno desespera
Por verse perseguido en esta vida;
Pues sabe que, si muere,
Su hora no cumplida,
El alma sin remedio va perdida.
Los ojos en el cielo
El hombre ha de poner, y este camino
Le lleva sin recelo
Al otro, que es divino,
Do no puede faltar placer continuo.
Allí las esperanzas
En gloria volverán, gozando dellas,
Y sin temer mudanzas,
Habrá reposo en ellas
Con gran seguridad de no perdellas.
Perezca la locura,
Y el alma pueda mas que el cuerpo humano,
Pues busca desventura
Quien piensa ser ufano
En el mundo cruel, traidor, tirano.
El ánimo prudente
Abraza la prudencia, y se desvia
Del daño y accidente
Que el apetito guía,
Y toma la virtud por compañía.
Pues luego desta suerte:
Morir es lo de acá breve y prestado,
Sujeto á cualquier muerte
Con un sueño pesado,
Que da para engañar cualquier pecado.

Acabando estos últimos versos, queriendo Luzmán comenzar otra cancion, Salucio, que en todo tiempo otra cosa no habia hecho sino llorar, dió un mortal suspiro cayendo sobre la mesa. Su padre se levantó y asimismo Luzmán con todos los demás; y como á él llegasen, hallaron que era muerto y en la mano apretada una carta, donde con grande sentimiento y lloro se la sacaron, y públicamente la abrieron, y leida vieron que decia así:

CANTA.
Amado padre y señor,
Cuya tristeza mas siento
Que mi muerte y su tormento;
Y este es el mayor dolor
Con que partí descontento,
Viendo cómo es rematada
Una vida tan amada
Deste vuestro hijo amado,
A quien fortuna y su hado
Convirtió su gloria en nada.
No bastó vuestra riqueza
Para me poder quitar,
La causa de mi pesar,
Ni mi mucha gentileza
Menos pudo aprovechar.
Los consejos que me distes
Cuando de vos me partistes
Tampoco me aprovecharon,
Porque luego se cegaron
Todos mis sentidos tristes.
Distesme, gentil señor,
Rico, afable y generoso,
A quien serví con amor:
Subiendo de venturoso
A la cumbre del favor,
Su alma me descubría,
Y en mis manos la ponía:
Quiero decir, sus secretos
Pensamientos y conceptos
Cuanto pensaba y sentía.
Mas mi suerte desigual
Contra mí se levantó;
Y fué que se enamoró
De aquella perla oriental
Que la vida me quitó.
Porque luego el ciego Amor,
En mirando su valor,
Con un súbito regalo,
De bueno me hizo malo,
Y de muy leal traidor.

Gran admiracion y espanto dió la muerte deste mancebo á todos cuantos su muerte supieron, y gran tristeza á su padre y hermanos, y lo mismo á Luzmán, el cual dijo muchas cosas de gran consuelo al rico Pinelo, y dende á cinco dias se despidió dél con determinacion de ir á la señoría de Luca, y así se partió. Y aqui da fin el segundo libro desta *Selva de aventuras*.

LIBRO TERCERO.

Con gran tristeza iba Luzmán, considerando el extraño suceso y muerte de Salucio, y todas estas cosas le hacian á él sentir nueva confusion, porque le traian á la memoria á su señora Arbolea, no porque della jamás se partiese; pues suspirando y llorando, diciendo palabras muy lastimeras, anduvo por algunos lugares viendo las cosas que mas contento le daban y de mayor admiracion eran, como fué el Domo de Pisa y su hermosa torre, que da á entender que quiere caerse, estando toda acostada á una parte. Allí vió un famoso estudio, y en él con algunos filósofos y grandes hombres habló, y ellos, entendiendo su elocuencia, le hicieron entre tres, llamados los Menios, una pregunta, á la cual Luzmán respondió, quedando gran fama dél en aquella ciudad, la cual pregunta así decia:

En una sepultura tenebrosa,
De tres fuertes contrarios rodeada
Estaba una doncella sepultada
Esceleste, inmortal, y muy hermosa.
También vimos la joya mas preciosa
Merecer con se ver atormentada,
Sin la cual se merece poco ó nada
En esta vida triste y dolorosa.
Y vimos la que pudo dar la vida
Perder su propio nombre y no perdello,
Venciendo al vencedor con ser vencida.
Pues tú, sabio Luzmán, echando el sello
Declara nuestra duda no entendida,
Pues te sobra saber para entendello.

Esta pregunta, que tres preguntas en sí representaba, le enviaron los tres Menios, que muy sabios eran; y con gran facilidad Luzmán les respondió á esta y otras preguntas, de las cuales no se trata, sino desta, por evitar prolijidad, á la cual respondió desta manera:

El cuerpo es la prision y sepultura
Del ánima hermosa, santa y bella;
Mundo, carne y demonio van tras ella
Por hacerle perder su hermosura.
Y la joya mas alta, casta y pura,
Que nuestra salvacion afirma y sella
Es toda penitencia; pues sin ella
No se puede gozar de eterna altura.
La vencida es la muerte por la mano
De aquel que la venció, quedando vivo,
Pues no pudo morir lo soberano:
Y así debe entender cualquier cristiano
Que el premio divinal superlativo
Al justo se dará, que no al tirano.

Pasados algunos dias salió desta ciudad de Pisa el enamorado Luzmán, y aunque tardó algun tiempo, porque todas las cosas que podia ver, aunque rodease mucho camino, las iba á entender y gozar con sus ojos; y así llegó á la ciudad de Luca, y aquella noche se fué á la casa de un honrado hombre, que acogia con grande amor á los forasteros. Pues habiendo cenado, el buen hombre se vino á Luzmán, y comenzó á tratar con él de muchas cosas, y entendiendo en su conversacion que era discreto, y el camino que llevaba, le dijo: «al mejor tiempo del mundo sois aquí venido, porque mañana podreis ver un extraño hecho, ó por mejor decir, una cosa maravillosa.—Y ¿qué cosa es esa? dijo Luzmán. Ruégoos por mi amor que me la conteis, que holgaré mucho de oirla.— Soy contento, respondió Bruldo (que así habia nombre el huésped): habeis de saber que en esta ciudad hubo un ciudadano de los mas ricos della, llamado Claudio; este tuvo tres hijos, cuyos nombres son estos: el mayor Ardonio, y el segundo Belio, y el tercero Basurto. Sucedió que entre estos tres hijos hubo una grande y maravillosa diferencia, así como todos tres fueron de diferentes y extrañas condiciones; porque el mayor, llamado Ardonio, es casado; y el segundo, llamado Belio, jamás se casó, mas fué dado al vicio de las mujeres, no teniendo con ninguna lealtad; el tercero,

llamado Basurto, nunca se casó, ni tampoco conoció á mujer ninguna, siendo el mas enamorado de cuantos en su tiempo ha habido; porque dice que en esto consiste el amor. Pues como entre ellos reinase la porfia, vinieron muchas veces á término de matarse, queriendo cada uno sustentar su opinion; pues en este tiempo, que habrá cinco años, el padre vino al punto de la muerte, y mandándoles venir ante sí, les dijo estas palabras: «amados hijos, ya veis cómo el fin de mi jornada está muy cerca, y quiero partir á dar la cuenta de la vida como acá la he gastado. También sabeis que la costumbre desta ciudad y señoría es, que los padres la hacienda y riquezas que tienen la dejen á un solo hijo, cual ellos quisieren, y que este haya de dar lo que su voluntad fuere á sus hermanos: yo os digo, mis queridos hijos, que no me sabria determinar á cuál de vosotros la deje, porque igualmente os amo; y pues así es, yo os mando, so pena de mi maldicion, y que esto que yo tengo perdais, si entre vosotros hubiere penitencia alguna; mas amorosamente porneis en manos de hombres prudentes vuestra diferencia, y aquel que mejor estado hubiere escogido, siendo así juzgado, heredará mis bienes, y los otros serán sujetos al vencedor. Pues muerto el padre, estos tres hijos han andado por muchas partes, cada uno dando su razon, y nunca se ha acabado de determinar; y así habrá un mes que aquí son venidos, y se han puesto en las manos de los señores desta republica, jurando que lo que ellos ordenaren darán por hecho y lo cumplirán; y así ellos han buscado un gran filósofo llamado Plomis, natural de Bolonia, el mayor hombre que agora se sabe, y está determinado que mañana se ha de sentenciar públicamente. Veis aquí lo que desais saber y yo sé deste hecho.»

Maravillado quedó Luzmán desto que oyó decir, y con gran deseo ya de verlo, y así reposó esta noche, y otro dia, después de comer, se fué al Domo, porque en la plaza dél, en un cadahalso de ricos paños cubierto, se habia de declarar este juicio, y poniéndose en parte donde pudiese bien oír y ver, estuvo esperando hasta que fué hora. Todos los principales se sentaron en sus asientos, y en una silla mas alta que todas se sentó el sabio Plomis; luego los tres hermanos vinieron hermosamente vestidos; traian en las manos hermosas y bien labradas lirras, porque todos tres el tañer y cantar lo habian acostumbrado, y lo hacian muy bien, y así juntamente tañeron una pieza, y luego el uno dellos, llamado Ardonio, y el mayor de todos tres, callando todos, comenzó á decir así: «Puesto que ya otras veces razones bastantes he dado, por las cuales claramente he mostrado con cuánta razon merezco la herencia de mi padre, agora quiero aquí públicamente, pues así lo quereis, preciados y generosos señores, tornare á decir algunas cosas, por donde se entienda la gran justicia que tengo. Yo dije y digo, que el mayor bien que Dios hizo al hombre, después de haberle dado el conocerle con las armas de su fe, selladas en el entendimiento humano, fué concederle y ordenarle que se casase y atase al yugo del matrimonio, cuyo arado abre la tierra de la consideracion del ánima para poder sembrar recogimiento, honestidad, amor casto, y celo puro y santo, con el regalo y compañía de los apacibles hijos y mujer. ¿Podreisme decir que se puede llamar hombre el que no es casado? No por cierto; pues no tiene

cosa suya ni vive en vida que bendicion tenga. Dejo afuera la santa vida de los religiosos, que estos estado tienen, y muy maravilloso; mas condono a los que siguen la opinion de mis hermanos. ¡Oh sabrosa celada, apacible guerra, suave lucha, aquella que tiene el buen casado! Que no lo siendo, ¡con cuánta libertad se ofende al divino Criador, quedando el hombre hecho animal, pues dél no procede el fruto que los hombres desean! Mirad que la mujer es vuestra propia carne, y el hombre y ella son una cosa, y los hijos retrato de los dos, medio de los trabajos: aquella es cama no violenta ni manchada, donde los tales se acuestan; aquella es mesa y santo altar, donde se come este pan de verdadero amor; pues así, quien desto huye, abraza las ofensas, ciñese de pecados, y ya que por ventura esto no haga, mas querrá guardar castamente su vida, queriendo pretendér amores y en el aire levantar sus sentidos. Todavía me parecé yerro, porque la contemplacion sola ha de ser en el cielo, y en el alto principio de sus maravillas y en el movedor dellas. Muchas cosas podría mas decir, las cuales callo, pues la sacra Escritura me defiende de lo que podreis argüir; y estad atentos y oid estos mis versos, los cuales yo suelo cantar al tiempo que trató desta materia. Y diciendo esto, templó su lira y comenzó así á decir:

De todos los estados, el estado
Que puede dar y da mayor contento,
Regalo y placer del pensamiento,
Es la vida sabrosa del casado.
¡Oh nudo de bondad con la fe atado,
Glorioso y divino sacramento,
Que al hombre se le dió por aposento,
Do pudiese vivir mas descansado!
Quien desto dice mal muy poco entiende,
Y niega la razon sabida y clara,
Naciéndose animal salvaje y bruto.
Pues, hombres, no toméis poner la cara
Al santo matrimonio, pues dél pende,
Si se sabe guardar, divino fruto.

Acabados de cantar estos versos por Ardonio, calló, quedando todos muy contentos de sus palabras; y mas Luzmán, como aquel que era allegado á toda virtud, y acordóse á este tiempo de su señora, y las lágrimas le vinieron á los ojos. Pues luego el segundo hermano, llamado Belio, comenzó á decir lo que se sigue: «¡Oh valerosa república, y escelente y maravilloso sabio, ante quien y por quien se han de saber nuestras diferencias! Oid el error y egedad de mi hermano, pues quiere llamar á la muerte vida, y al engaño consuelo, y á la mentira verdad. ¿Qué hombre hay en la vida, que si se ha casado, no llora la prision que, pudiendo escusar, escogió con sus propias manos? ¿Nudo dulce llamas al que jamás desatarse puede sino es á la fin de la vida, cuando de fuerza se ha de acabar todo? ¿Tú quieres alabar lo que todos lloran, y como prudentes sienten, porque solo tú te halles contento? ¿Y acá, en ese homenaje y castillo de turbaciones, que hay sino sospechas? Y el alcaide dél es el sobresalto, y los soldados que le guardan los temores y afrentas en que muchos han caído, por eso que tú tanto alabas. ¿Llamas cama contenta y casta aquella que muchas veces derriba la honra de los maridos, de cuya consideracion yo lloro? ¿Llamas mesa alegre y buena aquella que con tanta pesadumbre hace al hombre con cada bocado dar mil suspiros? Siempre está celoso; de si propio no se fia, cuando por alguna manera alcanza á tener sospecha de la cosa que ama. Alaba á los hijos; mejor es no tenerlos, pues son muchas veces afán y deshonra de sus padres; pues amor por cualquiera via, si el hombre pone en él perfecta aficion, yerro es grande. ¿Por qué se ha de amar lo que no os ama, y poner la vida por quien os deséa la muerte? ¿Hay por ventura mujer alguna que firmemente ame? No, ni nadie lo crea; fingidas son sus lágrimas, engañosas sus apariencias, y falsas sus promesas, y crueles las mas dellas; y así yo entiendo aquesto; de ninguna me he fiado, gozando á mi voluntad de cuantas he podido, sospirando en la presencia dellas, fin-

giendo amarlas, como ellas hacen, y en ausencia riéndome de todas. Así que, así se ha de amar sin firmeza por pagarles en la misma moneda con la mercadería que ellas venden; y el que otro dijere se engaña; y acerca desto quiero decir unos versos que tengo compuestos;» y luego, tocando en su lira, comenzó á cantar de aquesta suerte:

El no tener constancia es bien perfecto,
Y gran locura amar á quien no os ama:
Amor es un traidor, que cuando os llama
Entonces os vereis en mas apriato.
Do falta la razon quiere secreto;
Y si ve que la hay, luego se inflama,
Derribando la vida, honra y fama.
De aquel que se le humilla á ser sujeto:
Pues quien su libertad así enajena
Es loco sin saber, mudable y ciego,
Condenado á sufrir todo tormento.
Pues ¿cómo llamas gloria á lo que es pena
Y regalo y placer al crudo fuego
Y vida deleitosa al descontento?

Como acabó el desamador Belio de cantar estos versos, luego el tercero hermano, llamado Basurto, comenzó á decir: «Conocida cosa es, que antiguamente la locura se tuvo por alegre movimiento entre los hombres; dándole lugar para que así con ella se holgasen y entretuviesen, como con las otras cosas que mayor sustancia tenían. ¡Oh hermanos, y cuán poco entenderéis del amor y de sus altos efectos! De dónde pensais que ha procedido? Del cielo, y así la contemplacion dél allá sube. No llamo amor el efectuarse, ni tampoco cuando se ama con esperanza de galardón; ¿sabeis qué es querer y firmeza? Trasfiguraros en la cosa que amais, y hacer de dos cosas una. Yo amo, y siempre he amado con la consideracion de una firmeza que no puede tener fin, sino es con la muerte, no efectuando jamás mi deseo, porque entonces perderia el premio de aquel alto sujeto donde subió mi intento. Buena cosa es el casado; todas las mujeres buenas, buenas son; firmeza hay en ellas, la cual no falta por su parte, mas por la nuestra que somos animales varios. Mas muy mejor es la libertad del hombre, y esta desean todos los animales brutos, cuanto mas el verdadero animal señor dellos. Y pues esto es así, yo digo que amor ha de ser altivo sin confianza, y cuanto mas se penare menos se ha de pretender galardón, como yo, que ha quince años que amo en un lugar do jamás espero alcanzar cosa ninguna; y á pensar alcanzar galardón de mis servicios, antes tomara la muerte con mis propias manos, que llamarme amante. Así que, esto es lo mejor y mas firme estado; y quien otra cosa dijere, no entiende qué es amor, ni le conoce, ni le precia; antes es figura del desamor y engaño que los fingidos enamorados tienen, cuando por su contentamiento le quitan á la parte contraria. De aquí vienen las burlas, las malicias y traiciones, con muchas enemistades entre los mas caros amigos. Pues luego yo acierto, y he escogido el mejor estado; y para confirmacion dél, oid agora estos mis versos, con los cuales culpo á mis hermanos y disculpo á mi;» y diciendo esto, los comenzó á cantar, diciendo así:

Aquel es dulce amor, perfecto y vivo,
Que el ánimo levanta en alto vuelo,
Juntando lo de acá con lo del cielo,
Haciendo lo mortal efecto altivo.
Amor, que se sujeta á ser cautivo,
Desciende de la cumbre al bajo suelo,
Do reina el desamor y su recelo,
Olvidando el amor contemplativo.
En fin, que se ha de amar sin esperanza
Y en aquesto consiste el amor puro,
Y en solo lo del cielo ha de tenerse;
Pues vemos fenece cualquier holganza,
Y venir á caer lo mas seguro,
Y aquello que es amado al fin perderse.

Gran contentamiento dieron á todos las razones que cada uno destes tres hermanos dió. Diversos pareceres habia; mas luego, mandando callar á todos, y haciéndolos estar sosegados, el sabio Plomis comenzó á hablar desta manera: «Cinco veces con esta, honrados hermanos, habeis ante mi dicho cada uno de vosotros maravillosas razones, defendiendo vuestras causas; y en esta

postrera habeis por cierto hablado altamente, la cual disputa, hecha en este lugar tan público, nos ha sido mandado, porque aqui se habia de sentenciar; que ya yo, con el parecer de doce hombres, los mas sabios desta república, ayer di la sentencia; mas hasse ordenado así, porque toda la ciudad, ó la mayor parte della entendiese la causa de vuestras diferencias; y públicamente se diese el premio á quien le convenia; por lo cual, estad atentos y seráis pronunciada mi sentencia;» y como dijo esto, mandó que luego se leyese, porque escrita en la mano la traia, y dándola á un hombre anciano, la comenzó á leer, la cual decia así:

«Habiendo entendido la brava y terrible diferencia de vosotros los tres hermanos, Ardonio, Belio y Basurto, llamamos que Ardonio debe de ser heredado, por razon que su estado es mejor que el de sus dos hermanos, porque sigue y guarda mandamiento divino, y está atado á la razon, donde faltando della pierde mucho el que no la guarda; y así se merece, obrando lo que ella pide; y al contrario sus hermanos no tienen ni han tenido ningun estado. Y así mandamos que Ardonio sea puesto en la posesion de la herencia de su padre, dando él á sus hermanos aquello que él sólo quisiere, no por obligacion, mas por su propia voluntad.» Luego que esta sentencia se acabó de leer, el sabio Plomis se levantó, y con él todos aquellos principales hombres, y se fueron adonde Ardonio estaba, y le cubrieron una rica ropa, poniéndole sobre la cabeza una guirnalda de laurel; y á este tiempo tocaron muchos instrumentos, y con gran fiesta lo llevaron á la casa de su padre, y así se dió fin á este pleito. Luzmán quedó muy contento del juicio que el sabio habia hecho, conociendo haber juzgado rectamente, y quejábbase de su señora, pues habia desechado el casarse con él; mas echaba la culpa á su ventura.

Algunos dias se detuvo en Luca, y al fin se determinó partir á Mantua; y tanto anduvo, que llegó á ella, y como llegase de noche, pasó cerca del palacio del marqués Octavio, señor de aquel estado. Era mozo de edad de diez y ocho años, muy gentil hombre, adornado de grandes habilidades, así en las letras como en la música y poesía. Pues como Luzmán estuviese mirando la hermosura del palacio, oyó un poco apartado tañer y cantar; y como él fuese tan aventajado en esto, con gran aficion se llegó adonde pudiese oír lo que se cantaba; y arrimándose á una pared, que sobre un hermoso verjel caia, debajo de una reja, que una gran ventana tenia, oyó cantar esta cancion, que así decia:

En gran confusion me veo, Porque amor me es enemigo, Y así combalen conmigo Dos extremos y un deseo.	Y así combaten conmigo Dos extremos y un deseo. De aquí nace aborrecerme Y vivir desesperado; Pues de ser muy confiado He venido á no entenderme. Dos mil veces me maldigo, Veis en qué extremo me veo, Pues el amor y el deseo Combaten siempre conmigo.
---	--

Al tiempo que acabó el marqués Octavio de decir esta cancion, como la dijese con grande suavidad, á Luzmán, que oyéndole estaba, le hizo venir las lágrimas á los ojos, y tanta fué su tristeza que, sin pensar que lo daba, dió un mortal suspiro. El cual oyó el marqués Octavio, y maravillado de quien podria ser el que así habia sospirado, se levantó, y puesto á la ventana miró abajo y vió á Luzmán, el cual estaba tal que al marqués no vido. Octavio, que en él puso los ojos, parecióle mozo de gentil presencia, y creyó que necesidad le habia causado sospirar con deseo de alguna cosa, y dijole: «amigo, ¿qué sientes, que me parece que he oído quejarte?» Luzmán alzó la cabeza, y aunque no conocia al marqués, luego sospechó que era él, porque ya sabia que era mancebo de poca edad, muy avisado y de grandes gracias; y por esto, no dudando que él fuese, se le

humilló diciendo: «señor, lo que yo he menester y al presente me falta, no me lo puedes tú dar, y así no es menester que yo te diga la causa de mi tristeza. — ¿Cómo sabes tú que yo no puedo suplir lo que á ti te falta? dijo el marqués. ¿Por ventura conóceme, ó tienesme en tan poco que no me duela de cualquier mal ajeno? — ¿No es esa la razon, dijo Luzmán, sino que la vida dala Dios, y asimismo tiene poder sobre la muerte: los bienes de acá pueden dar los hombres, mas no tienen en sus manos para poder dar contentamiento, salud ni descanso.» El marqués, como oyó las razones de Luzmán, tuvo por hombre muy avisado, y rogóle que subiese adonde él estaba, y Luzmán lo hizo; y cuando Octavio, lo vió mas cerca de sí, tuvo por cierto que debía ser hombre de precio, y mandóle sentar cerca de sí, y haciendo salir fuera todos sus criados, quedando con él solo, le dijo: «yo te ruego, mi buen amigo, me bagas un placer, y es que si sabes tañer y cantar lo bagas agora, que no puedo creer que dejes de saberlo; pues oyéndomelo hacer á mi tanta tristeza te dió, moviendo en tu corazón nuevo sentimiento. Luzmán, queriendo cumplir el mandamiento de Octavio, tomó un laud, en el cual él habia tañido, y comenzó á cantar lo que se sigue:

El triste sentenciado á muerte dura
Otorga á su pesar la tal sentencia,
Pues ve que no bastó pedir clemencia,
Con temor de la muerte y su amargura.
Así debe sentir su desventura
El penado amador que está en ausencia,
Tomando sus pesares en paciencia;
Y aquí consiste el seso y la cordura.
Mas, ¿quién podrá tener tal sufrimiento
Que no venga á llorar sus disfavores?
¿Es por ventura el hombre piedra ó palo?
En fin, se ha de mostrar el descontento,
En lágrimas, tormentos y dolores,
Pues esto da el amor por mas regalo.

Tan contento quedó el marqués deste soneto que cantó Luzmán, cuanto él jamás lo fué en oír cosa que de gran artificio fuese; y levantándose le abrazó con grande amor, y pidióle muy encarecidamente le dijese quien era. Luzmán le declaró cuyo hijo era, y la causa por que así andaba. El marqués se acordó que habia conocido á su padre estando en la corte del rey de Castilla, y habia tres años que della habia venido, y con mucho placer le tornó á abrazar y le honró mucho; y luego, viendo que del consejo de tal hombre no le podía venir sino provecho, le descubrió sus amores diciéndole así: «sabeis, mi buen señor, que nunca los mozos con la poca edad vienen á entender los trabajos del mundo, hasta que en alguna necesidad estrema se ven; y esta muchas veces los levanta y aviva, haciéndolos avisados, fuertes, y para sufrir todo trabajo; puesto que la libertad, junta con la juventud es peligrosa, así como aquella que huye del freno de la virtuosa costumbre; y esto, ya que no sea generalmente, en particular toca á muchos. Pues sabed que habré dos años que murieron mis padres, y yo quedé, como vos veis, de poca edad. Pues sucedió así que habré un año que yo me fui á holgar á la ciudad de Florencia, y un dia, que no debiera, entré en un verjel, que del rico Mecides se llama. Viniendo ciertas hijas de hombres principales de aquella ciudad á holgarse, entre ellas vino una doncella, hija de un noble hombre y muy rico, llamado el Arquiole, la mas hermosa que yo creo haber á la sazón en el mundo, de la cual mis libres ojos quedaron captivos; dándole lo que le pude dar, y á mi quitándole la libertad que tenia, me hizo quedar otro del que antes era, convirtiéndome en el que agora soy. Pues viéndome por su causa tan atormentado de tormentos de amor, busqué por todas vias de descubrirle mi corazon, escribiéndole algunas cartas, á las cuales me ha respondido, quitándome toda esperanza, y dándomela si con ella quisiese casar, y esto á mí es muy grave; no porque su merecimiento, hermosura y sangre no mereciese mucho, mas porque mis parientes y vasallos me echarian gran

culpa, y por esto he dejado de hacello, que por mi voluntad ya lo hubiera hecho; y aun ayer recibí della una carta en respuesta de otra mía, y así la una y la otra os quiero mostrar, porque veais, amigo, en qué balanza anda mi vida, y me podáis aconsejar lo que os parece. Y luego el marqués, abriendo un pequeño cofre, sacó dos cartas, y abriendo la una la mostró á Luzmán, la cual era la última que él le había enviado. Luzmán por su mandado la leyó, la cual decía así:

Carta del marqués á Vitoriana.

«Querirme llamar desdichado, no tengo para qué preclarme deste nombre, pues la mayor dicha que mis ojos alcanzaron fué que te vieses, señora, y que yo entonces quedase por tí á tu hermosura rendido; sólo me quejo porque no acabas de conocer el verdadero amor que te tengo, porque el que tú dices tenerme no puedo yo creer que sea amor sino muestra dél; pues va fundado debajo de vil interés, y no con aquella simpleza y libertad que el verdadero amor en sí tiene. Pues acaba, señora, de venir á considerar lo que padezco, y piensa también que lo que tú quieres el tiempo puede ser ejecutor dello, cumpliendo tu voluntad, dando primero contentamiento á la mía. Esto te suplico, cuya respuesta espero en el lugar donde, estando ausente, me tienes contigo.»

Acabado que hubo Luzmán de leer esta carta, dijo al marqués: «por cierto, señor, que en breves razones no se puede decir mas que esto; y lo que á mí me parece sobre este hecho, en viendo lo que responde vuestra señora Vitoriana, os lo diré como verdadero servidor y amigo. El marqués, él propio leyó la segunda carta en respuesta de la suya, la cual decía desta manera:

Carta de Vitoriana al marqués.

«Cuando al verdadero amor se quiere poner su contrario, cosa es contra razón y fuera de toda mesura: quiero decir, señor Octavio, que el que tú tienes le pintas con tan vivos colores y tan al natural, que parece todo lo demás ser fingido. No me parece esto á mí, porque el amor que se pretende fuera de la honra de la cosa amada, mas es burlar dél que quererle estimar. Dices que es interés guardar mi honestidad y limpieza; no me parece que es así, mas su contrario lo sería, abajando la honra de mis padres y aun la tuya. Por lo cual yo te ruego, mi señor, no pretendas lo que á tí ni á mí no conviene, aunque sepas que verdaderamente te amo; pues si tú me amas no quieras mi afrenta; antes te ruego y te suplico, que si tu voluntad no se llega á la mía en este hecho, no me hables, porque no responderé mas á tus cartas. Y así, quedo rogando á Dios te dé á entender lo mucho que te amo, y lo que debes hacer para su servicio.»

Leyendo esta carta el marqués, vertía tantas lágrimas con tanta abundancia de sospiros, que Luzmán, que no menos estaba atormentado, movido á gran tristeza le tenía compañía haciendo lo mismo; mas dende á una pieza vuelto á Octavio le dijo: «no hallo yo, señor, derecha causa para que vos tan gran sentimiento mostreis, porque ó vos amais, ó no amais: si el amor que vos tenéis es verdadero, no se os ponga delante amigos ni valsallos, ni la enemistad de los parientes, sino solamente á Dios y á vuestro contentamiento: mirad que el amor que de las entrañas puro sale, y en el corazón se engendra, ni teme, ni debe, ni guarda ley, porque luego se transforma en la cosa amada. La vida es la mas dulce cosa, y la muerte la mas aborrecida y temerosa, y por el amor se desecha la una y con ánimo se busca la otra; como por ejemplos se ve de muchos que á la muerte se ofrecieron por el amor de aquellas á quien amaron. Pues siendo esto así, y en Vitoriana están, señor, todas las partes que se pueden desear en una doncella, ¿para qué queréis mas lastimaros ni parar en el dicho de las gentes? sino dalle

aquello que á vos os sobra y á ella le falta, pues en lo demás le sobra todo. Este es mi parecer, y esto es lo que yo haría, y todo lo demás es perder tiempo, y deservicio de Dios, y afrenta desafortunada; lo cual no debéis vos consentir si verdaderamente la amais.» El marqués se alegró mucho de las palabras de Luzmán, y le agradeció el consejo que le daba; y porque era ya hora cenaron, y ahí se detuvo Luzmán quince dias, mirando la hermosa ciudad y otras cosas que fuera della había, así como hermosos verjeles y deleitosos campos, con un sepulcro que los mantuanos hicieron á Vergilio, hijo de su patria; y queriéndose partir, el marqués le rogó se fuese con él á Florencia, porque quería ir á ver á su señora.

Luzmán se lo concedió, y así se partieron; y llegados á Florencia, un día, yendo disfrazado el marqués, mostró á Luzmán á su señora, y quedó muy maravillado de su hermosura, que fué parte para persuadir mas al marqués que se casase con ella; y tanto pudieron las razones y consejos que le dió, que el marqués Octavio la tomó por mujer; y así se muestra que de un buen amigo cristiano y discreto, no pueden suceder sino obras virtuosas. Pues un día, habiendo acabado de comer, el marqués dijo á Luzmán: «yo quiero, amigo, que esta tarde veais el hombre mas enemigo de mujeres de cuantos agora hay en el mundo, porque se juntan en un verjel muchas doncellas de las principales, y él ha de venir allí á hablar con ellas. — Mucho holgaré de oírlo, dijo Luzmán, aunque en decir mal contra la verdad no puede llevar buen fundamento. — Así es, dijo el marqués, mas todavía dice razones muy estrañas.» Pues cuando fué hora se fueron á un verjel muy deleitoso, y en medio dél estaba hecha una cuadra, descubierta por todas partes sobre hermosos pilares, donde estaba una fuente en medio, y al rededor sentadas muchas dueñas y doncellas, y entre ellas algunos gentiles hombres de la ciudad, dellas parientes y hermanos, y otros á quien el amor allí hacia venir; y en medio de todos estaba el músico Soticles, que era aquel que tanto mal siempre del amor decía. El marqués y Luzmán se sentaron por oír lo que cantando á la sazón estaba, que era lo siguiente:

Riberas del hermoso y dulce Nilo
Una ninfa hermosa caminaba
Con pasos mesurados, se paraba
Hermosa como el sol según su estilo.
Tiraba con su boca el blando hilo
De un algodón de Arabia que hilaba
En una rueca de oro que llevaba,
Haciendo de sus hilos un pabilo.
La cual como me vió me dijo luego:
Ternás por cosa nueva mi hilado,
Pues hombre nunca vió jamás tal tela.
Has de saber que tuerzo con cuidado
Un pabilo que enciende muerte y fuego
Al traidor del amor y su cautela.

Una doncella, llamada Claudia, acabando de cantar Soticles, le dijo: «dí, enemigo de las mujeres y de aquel valeroso amor, ¿qué te ha movido á tan grande enemistad?—Yo os lo diré, dijo Soticles: ser ellas nuestras enemigas, y el amor causa de nuestra perdición.—¿Cómo puede ser eso? dijo otra doncella, llamada Poncia. Mas pues tanto presumes, dinos: ¿qué es amor?—¿Qué es amor? dijo Soticles. Un mochocho ciego y loco, y desvariado en todas sus cosas.—No te preguntamos eso, respondió otra doncella, llamada Filora, sino ¿por qué razón le llaman Cupido?—Bien decís, dijo Soticles, y bien preguntais. Cupido quiere decir que ocupa el sentido, apartándole del bien y ocupándole en el mal; y este amor es carcoma, reloj desconcertado, mentiroso, engendrado de una cosa que ninguno entiende.—¿Pues cómo aman todos los del mundo? respondió otra doncella, llamada Florista.—Porque la locura del mundo es grande, dijo Soticles.—¿De qué pensais que nace amar?—De un loco atrevimiento.—¿Pues cómo se atreven todos, y de tal atrevimiento nace el saber y la grandeza del generoso ánimo? respondió otra doncella, llamada Plonia.—Habeis de saber, dijo Soticles, que cuando uno locamente se engaña,

cayendo en algún error, si es tenido por sabio y le culpan de tal yerro, defiéndose con querer sustentarlo que es bueno lo que hizo. Es amar un mar esquivo, lleno de tormenta, donde ninguno supo navegar, ni halló puerto seguro; en fin, de vosotras nacen las diferencias, las muertes y sus escándalos, y así habeis traído al mundo rejalgando envuelto en una suave conserva, al parecer de la vista, y esta es esa hermosura que Dios en vosotras puso, mas para llorarla que para deseirla.—Pues dí, respondió Julia, una doncella que por muy sabia era tenida, ¿cómo todos los hombres aman, y por este amor se multiplica el mundo, sin el cual naturaleza humana sería huérfana y pobre?—No porque muchos sigan el camino áspero lo han de seguir todos, respondió Soticles, ni porque uno sea loco ha de imitarlo otro; en fin, habeis de saber, que el amor de suyo bueno fuera, si por vosotras no hubiera sido vuelto en otro género de ser malo. ¿Quién hay tan ciego que no conozca vuestra deslealtad? Si llorais, es fingido; y si os reis, es haciendo burla de aquellos que creen en vuestras palabras; y si por ventura sospirais, no es por amor, ni por doleros de quien á vuestra causa padece, sino porque ya querriades que todos fuésemos acabados, y solas vosotras permaneciédeses.» Orinda, una sabia dueña, que al presente allí estaba, le dijo: «ciertamente, merecedor eres de gran pena, y tengo para mí que has de morir á manos de mujeres.» Respondió Carlinda, otra doncella: «esa muerte no morirá, porque no merece morir á tales manos, mas matarle han bestias fieras, pues huye de la razón por no entenderla.—Yo os digo, dijo Soticles, que ternia por menos muerte la vuestra, quiero decir, por vuestras manos recibida, aunque me la diédeses muy cruel, antes que ser amado, ni amar á ninguna mujer.—¿Por cuánto precio te obligarias á casar en la edad que agora tienes? dijo Torilia, una sabia doncella que allí estaba; ó ya que te determines, ¿cuál tomarías de nosotras?—Respondió Soticles: si todo el mundo me diesen por mio, con condicion que me casase, yo no lo tomaría, porque me parecería tenerlo encima de mi cabeza; antes holgaria de estar entre animales, comiendo yerbas, que juntarme á ninguna de vosotras.—Tú eres maldicion, árbol sin fruto, respondió Espinela, otra sabia doncella que allí estaba; y así de tí no puede proceder bien ninguno.—Bien decís, respondió Soticles, que yo soy maldicion, pues para dárosela á todas nací en el mundo, por quien se perdió el primer hombre, y vino de inmortal á pasible, y asimismo las repúblicas se han visto en tantas adversidades. Así que, vosotras sois este árbol de do procede fruto amargo; y escuchad sobre esto, oídme, que quiero cantar ciertos versos; y como esto dijo, comenzó á cantar desta manera:

¿Por qué llamais amor á un leon fiero,
El que no guarda ley en lo que ordena?
Es amigo traidor y carnicero
Y suele dar por gloria amarga pena;
Es rapaz, descortés, muy lisonjero,
Que do no se halla culpa allí condena
Pues luego ¡por qué amais, hombres perdidos,
Faltándoos la razón y los sentidos?

Comenzad á huir de tanto engaño,
Si no queréis caer en cárcel dura,
Entended que os aviso deste daño,
De la vida sabrosa sepultura.
No tengais mi consejo por estraño,
Que sabed que la honra os asegura;
Mirad que son mudables sus placeres,
Fingidos y ordenados por mujeres.

Convidan con placer, y dan tormento
En la mesa de amor por él comestis;
Sus glorias se convierten en un viciado,
Y en amargo dolor toda su fiesta.
Pues luego ¿qué llamais sabroso intento
Aquello que tormentos amonesta?
Es duro de entender, y si se entiende,
Entonces sin razón se defiende.

Corona le poneis al desdichado,
Que tal le llamo yo, no por mi saber;
Mas por ver y entender que su reinado
Es burla, con lo cual al mundo engaña.
Al mal es diligente, al bien pesado,
Y en todas las malicias, tiene maña.
Pues ános deste ingrato, loco y mudo,
Ballestero rapaz, cruel, desnudo.

En acabando de cantar estos versos por el desamorado Soticles, puesto que fuese en perjuicio del amor y en la presencia de tan hermosas damas, cantaba tan dulcemente y decíalo de tal manera, que á todos hacia quedar maravillados. El marqués, que junto á Luzmán estaba, le dijo, que le rogaba dijese algo á Soticles en favor de las mujeres: el cual, por contentar á Octavio, y por lo que debía al amor de su señora Arbolea, holgó dello; y así como se acabaron estos versos, antes que Soticles hablase, él le dijo desta manera: «muy maravillado estoy, Soticles, de tí, siendo hombre, engendrado de hombre y nacido de mujer, ser tan enemigo dellas: ¿no sabes tú, que si por mujer vino al principio del mundo el general daño, con el cual todos caímos, por mujer se restauró y remedió con tanto bien que sobrepujo al mal? Pues asimismo, si por algunas ha habido diferencias, guerras, muertes, daños, ¿qué culpa tienen ellas, que en sus propias tierras y casas se estaban debajo de la obediencia de sus padres ó maridos? Los hombres han sido, si entenderlo quieres, aquellos que han buscado nuevas invenciones y engañosos trajes para persuadir las y engañarlas, como inventores de todo mal; que ellas jamás lo hicieron sino por nuestra causa, por lo cual, ata tu lengua y no digas tan gran error como decir mal dellas.—Mucho me alegro, dijo Soticles volviéndose para Luzmán, en ver que respondes tú por estas fieras leonas, que aquí cercado me tenían; mas lo quiero haber contigo que con ellas, porque eres hombre llegado á razón, y así la mia podrá dar á entender tu engaño. Dí, pelegriño, ¿qué entiendes tú que es amor?—¿Qué es? respondió Luzmán. Una fuente de una agua de amoroso deseo, árbol que no pierde jamás su verdura, y una vision del ánima esmaltada en los sentidos, sin la cual el hombre es un dibujo muerto.—Muy errado vas, dijo Soticles; que el amor es mar de sangre, árbol seco sin hojas, edificio sobre arena, movimiento loco, piedra engastada en el juicio, lanceta que rompe las mejores venas, lanza de dos hierros, por do se hacen cien mil.—Tú no has sido enamorado, dijo Luzmán, por lo cual hablas de oídas; pues entiende que el amor es compás de toda prudencia, verjel do se deleitan los ojos, vestidura que adorna al rústico y sublima al sabio, tesoro de riquísimo valor: allí sube el hombre cuanto mas ama, y entonces crece cuanto mengua en sí, subiendo á la cumbre de lo que desea; y cuanto mas desfavorecido y lastimado, entonces mayor contento recibe, porque amor en esto muestra sus grandezas; y así todos los del mundo te culparán y ternán por enemigo, pues lo eres de la cosa mejor que en sí tiene. Yo te ruego que te contentes de lo que hasta aquí has dicho, y de ahí no pases, pidiendo perdon al amor y á las causas dél; y por enmendar tu yerro contra los versos que cantaste, yo quiero decir otros, que aunque no sean tales en la compostura como los tuyos, serán mas verdaderos. Y diciendo esto tomó una vibuela que al presente le trujeron, y comenzó á cantar lo que se sigue:

Es amor una cumbre de esperanza,
Do reinan los efectos amorosos,
Un retrato de vida, y su holganza
Corona de los hechos mas famosos;
Es en fin una mar de gran bonanza
Do navegan amantes generosos;
Y aquestos por amor y su concierto
Mas quieren la tormenta que no el puerto.

Sin mujeres el mundo y el bien dellas,
Sería confusion, guerra y fortuna,
Quedando como el cielo sin estrellas,
Faltando lo demás que es sol y luna.
Son flores de la vida, alegres, bellas,
Que merecen mil mundos sola una,
Con todo lo demás que está criado
Por sola su bondad, virtud y estado.

Se sujetan los fieros animales
Al regalado amor y sus hazañas,
¿Quién huye deste amor? Hombres bestiales
Que tienen muy perversas las entrañas.
Pues venid, amadores muy leales,
Entended las victorias, fuerzas, mañas,
De aqueste nuestro rey hermoso y fuerte,
Por quien es dulce vida cualquier muerte.

Florezcan en los prados nuevas flores;
Resplandezcan las aguas de las fuentes;
Y las aves cantando den clamores
Convidando á dulzura todas gentes.
Y todos los penados amadores
Descansen sin sentir mas accidentes,
Contemplando en amor y sus victorias,
Pues hay de su valor tantas historias.

Muy contentas quedaron las damas de lo que Luzmán había respondido por ellas, y cantado en su favor, y todas le dieron muchas gracias y al marqués que allí le había traído; el cual, no menos que ellas, quedó contento; y así abrazando á Luzmán, y despidiéndose de aquellas señoras y del músico Soticles, con el cual pasaron algunas graciosas razones, se volvieron á casa del marqués,

LIBRO CUARTO.

En un verde y deleitoso prado, á media legua de la ciudad de Sena, estuvo Luzmán el día que en ella pensaba entrar, hallándose cansado de lo mucho que caminado había; porque tomando sus trabajos por contentamiento de su vida, siempre anduvo á pié, no porque le faltase haber para poder ir á caballo; mas había esto prometido al tiempo que partió de España. Pues levantándose de aqueste lugar deleitoso, se fué á la ciudad, en la cual estuvo ocho días; y al cabo dellos, una tarde, yendo por una calle, al cabo della, en una pobre casa oyó tañer y cantar; y aunque no pudo entender lo que se cantaba, todavía le pareció bien; y estando así deseoso de oír al que tañía y cantaba, y saber quién era, vió venir un hombre viejo, y llegando á él, le dijo: «decidme, honrado padre, ¿quién vive en esta casa?» El ciudadano le miró y sonrióse, diciendo: «bien parece que eres pelegriño y extranjero, pues no conoces al dueño desta morada; y porque adonde quiera que fueras puedas decir el bien que esta ciudad en sí tiene, á lo menos un hombre único en el mundo, allégate aquí, y decirte he lo que me preguntan.» Luzmán, con mas deseo que antes, se fué con él, y echándose de pechos sobre un mirador que al hermoso campo salía, le rogó le dijese lo que él propio por amor sin conocerle le quería decir.

«Soy contento, dijo el hombre viejo, y así has de saber que hubo en esta tierra un hombre muy rico llamado Plunio; este no tuvo mas que un solo hijo y una hija: el hijo tuvo por nombre Oristes, el cual dende su juventud se dió á todas las ciencias y artes, y aprendió tanto de ellas, que no hay hombre mas sabio en la mayor parte de Italia, tanto que la república romana ha enviado muchas veces por él, prometiéndole grandes riquezas, y él las ha tenido en poco. Pues has de saber que muerto su padre, que habrá quince años, toda su gran riqueza dió á una hermana suya, y casóla en Florencia, y él se casó con una doncella pobre, recogiendo á esta ciudad como natural della, y vive en esta pobre casa. Es su condicior siempre estar riendo, y tañendo y cantando en alabanza de la pobreza: jamás quiso cosa de ninguno, sino fuese lo que le basta para un día, y si desto ve que le sobra, dálo á los pobres: de manera que son tantas sus virtudes que yo no podría en mucho tiempo contarlas. Alégrase con el nombre del pobre Oristes, teniendo por mayor contentamiento esto, que ser emperador del imperio romano. En fin, para entender su gran valor, sería menester que le vieses y hablases. — ¿Podría ser, honrado padre? respondió Luzmán. — Si por cierto, dijo el viejo, que nunca su puerta se cierra, ni su conversacion á nadie niega. — Pues así es, yo te ruego me perdones, que yo

porque ya él estaba para se partir otro día, y enviar por la marquesa, con la cual se había desposado, y quería en Mantua hacer sus fiestas. Esa noche cenaron con mucho placer, agradeciéndole mucho Vitoriana á Luzmán el consejo que al marqués había dado, por el cual se había efectuado el descanso y honra della y de su linaje. Pues otro día Luzmán se despidió del marqués y della, no le pudiendo mas detener, y se fué con determinacion de ir á ver la ciudad de Roma, de la cual había oído decir tan grandes cosas; y, habiendo visto otros algunos lugares, llegó á la ciudad de Sena, y determinó de ver el gobierno de aquella señoría.

determino de entrar á gozar de aquello que yo siempre deseé.» Y diciendo esto Luzmán se despidió del viejo, el cual se fué, y él entró en la pobre morada de Oristes, y sin que nadie le dijese nada, llegó donde Oristes estaba tañendo en una arpa y cantando; y aunque vió á Luzmán, no por eso dejó de proseguir su canto, mas hizole señas que se asentase con alegre rostro. Luzmán se asentó sobre un pequeño banco que junto á una pobre cama estaba, sobre la cual estaba sentado Oristes; y lo que cantaba era lo siguiente:

Qué es ver la clavelina ó blanca rosa,
El lirio, ó otra flor que bien parece,
Cuán presto se marchita y entristece
Perdiendo la color y el ser hermosa!
Hoy penais y moris por una cosa;
Mañana vos enfiada y aborrece.
Cuán presto pasa el día y anochece:
El tiempo es la ocasión que no reposa.
Ninguno con su suerte está contento:
La vida es un golfo de cuidados,
Que va por esta mar de nuestro intento.
Deseos y esperanzas lleva el viento
De muchos, que viviendo confiados
Fundaron en el aire firme asiento.

Acabando de cantar estos versos el pobre Oristes, levantóse con grande alegría, y los brazos abiertos se fué á abrazar á Luzmán, como si le conociera, diciendo: «mi buen hermano, ¿qué ventura te ha traído á esta mi casa?» Luzmán, muy alegre, así de lo que le había oído como de ver con cuánto amor le hablaba, le respondió: «honrado Oristes, la fama de tu nombre me ha traído con gran deseo á verte. — Pues tórnate á sentar, dijo Oristes, que sin conocerte, mucho me alegro con tu venida. — Dime, famoso varon, dijo Luzmán, ¿qué fué la causa que siendo tú rico desechaste la riqueza y holgaste de ser pobre, pues es la cosa mas aborrecida, y comunmente llamada vergonzosa y vil entre los hombres? — Soy contento de te lo decir, dijo Oristes. Has de saber que no se llama rico el que con las riquezas se confía de temporal gloria: riqueza se ha de llamar el no tenerla, porque aquel es rico que solo espera en las verdaderas riquezas del cielo; y así yo temí de perderme en ellas y caer con la demasiada carga; y así tuve por mejor alivianar el entendimiento y perder aquel codicioso cuidado que suele dar la codicia temporal. — Bueno fuera eso, dijo Luzmán, si tú las hubieras mal ganado; mas, heredándolas de tus padres, cosa terrible me parece dejarlas y vivir sin ellas. — En eso te engañas, respondió Oristes; que siendo mal ganadas poco merecimiento era restituirlas al mundo; mas siendo buenas y propias, fué mas aborrecerlas; y lo que llamas vileza no lo es, antes, si mirarlo quieres, lo es el rico, si de lo que tiene no hace lo que debe. — Y si lo hace, respondió Luzmán, ¿no terná mas merecimiento, dando y ayudando á los que poco pueden, que no aquel

que careciendo desto, con la pobreza se contenta? — No, respondió Oristes, que de lo mucho darse poco es no dar nada, y darlo todo es de mayor merecimiento. — Bien está, respondió Luzmán; mas quería de tí saber; por qué te casaste para dar de tu pobreza vida pobre á tu mujer y hijos, pues me dicen que tú los tienes, los cuales después de tus días llorarán la falta de los bienes, y servirán en casas ajenas, habiendo tú podido dejarlos ricos? — Bien has apuntado, dijo Oristes, pero ese es el error general entre los hombres, pues quieren mirar al ajeno bien con hacerse daño á sí mismos. Dime, ¿la mujer confía en solo el hombre, ó es por ventura ella nacida debajo de su remedio? Desconfianza sería quitarla de Dios y de su poder, y ponerla en la tierra; y así los hijos lo mismo han de pretender que su padre. Virtudes son las que los levantan; y así cuando se ven pobres y sin padre pretenden por sí la virtud, lo cual no harían y dejarían de hacer muchas veces, confiados en los bienes. Y escucha unos versos que sobre esta razon suelo algunas veces cantar; y luego, tocando en su arpa, los comenzó á decir, y eran estos:

Oh pobreza amigable, dulce y buena,
Manjar de gran sabor perfecto y santo,
Del ánima inmortal divino manjo,
Por quien toda soberbia se refrena!
Morada de bondad y gracias llena,
Destierro del esquivo y triste llanto,
Verjel donde se halla el sacro canto
Con el cual la codicia se condena!
En esta humildad tiene morada,
Pues dichoso el que es pobre en esta vida,
Si sabe bien usar de la pobreza.
Pues con ella en el fin de la jornada
Se viene á merecer gloria cumplida,
Gozando para siempre gran riqueza.

«Aquí podrás entender cómo la pobreza es vaso rico, seguridad descansada, sueño suave, árbol de olorosas flores, río manso, fuente que no pierde su corriente; y la riqueza al contrario, espada aguda, sueño pesado y lleno de sobresaltos, cárcel de contrarios, temor sin seguridad, bosque lleno de enemigos: en fin, ¿no has oído decir dificultosa ser la salvacion del rico, y por el contrario ser de los pobres el reino de los cielos? — Preciado Oristes, dijo Luzmán, no consiste esa pobreza en los bienes temporales, mas en aquella que el espíritu debe tener, y esta es de quien tú dices; mas no por eso, si el rico obra lo que debe, dejará de gozar de premio alivo; que cierto gran trabajo es el tuyo, pues cada día has de buscar lo que has menester. Mejor me parecería si lo tuvieras de tuyo, y no agradecerlo á ninguno, que comun refrán es que el pobre no tiene amigo.» A estas palabras se rió Oristes, diciendo: «¿cuán engañados viven los que eso piensan! Porque no es vergüenza pedirlo quien lo sabe dar ó dió aquello que tuvo, y cuando no se halle como se desea, entonces se merece mas: no hay mayor contento ni mayor riqueza que aquella con que el hombre se satisface, y este es un vencimiento que hay en el hombre llamado de sí mismo; y al contrario, el rico no se conoce, ni se contenta, ni quiere amigos, y si los tiene apenas se fia dellos, ni de sus propios hijos; deseánle la muerte por heredarlo, de manera que vive en perpetua congoja: en la mesa llora, en la cama sospira, por las calles ya pensativo, y en todo tiempo no sabe qué se hacer, deseando aumentar lo que tiene, habiéndolo de dejar con la muerte; y entiendo otros versos que sobre este sujeto suelo yo cantar; y tornando á tañer, comenzó á decir así:

El rico siempre está penando y triste,
Es ave de rapaña mal contenta,
Navío que va en mar con gran tormenta
En quien toda miseria se reviste.
Es terrible prision donde consiste
Desventura, dolor, daño y afrenta;
Pues, hombre, haz contigo estrecha cuenta,
Que Dios te ha de pedir como viviste.
Ninguno se confie en su prudencia,
Mas mire cómo vive y lo que hace,
Pues es gran vanidad el bien del suelo,
El cual en breve tiempo se deshace
Por ser de muerte y llanto su potencia,
Y firme para siempre lo del cielo.

«En esto podrás juzgar, dijo Oristes, si es verdadero lo que digo, y si es bueno lo que hago, pues va fundado debajo de razon natural y ley cristiana. — No niego yo lo que dices, dijo Luzmán, mas pésame que tanta virtud y elocuencia en tan prudente hombre como tú encerrada se contente de estar aquí, porque ya que diste todos tus bienes procuraras ganar otros; que bien pareciera un hombre de tu suerte en el palacio de un gran rey ó emperador, y así dejaras colocado tu nombre y prósperos tus hijos. — Déjate de pensar mas en eso, dijo Oristes; que has de saber que las cosas de los reyes y grandes príncipes no son para todos los hombres. ¿Parécete á tí que haría bien el que está en el seguro puerto, si se metiese en los golfos y tormentas de la mar? ¿No entiendes que en los tales lugares los hombres se tornan aves, queriendo volar sin alas á la presunción y privanza? Pues ¿qué te diré de las envidias y murmuraciones y diferencias que se hallan en esa pequeña honra pretendida por soberbia y vanagloria? Así que, no me contenta; y pues la desprecio, quiero que mis hijos huyan della. Virtudes les dejo, crianza y cristiandad: válganse con ellas como yo hago en esta vida; pues dicen los sábios que la mayor joya es el ánima, y esta se ha de guardar; que el cuerpo es bruto, y así se ha de tratar con aspereza, porque no tome malas costumbres. Y pues ves que yo te he dicho mi vida, no me la reprehendas ni afees; pues yo con ella vivo contento; y ruégote me digas quién eres, que en tu presencia y rostro desengañado estoy, porque te tengo por hombre en quien cabe toda bondad.»

Luzmán se levantó, y con grande alegría le fué á abrazar diciendo: «harto poco saber sería el mio si no conociese tu virtud y alabase tu vida, la cual jamás partiré de mi memoria, y así te quiero decir quién soy:» y luego le contó en breves razones todo su hecho. Oristes se tuvo por de buena ventura en haber conocido á Luzmán, y luego mandó venir allí á su mujer y dos hijos que tenía, no con menos virtudes que el padre; y vuelto á Luzmán le dijo: «veis aquí, señor y hermano, las cosas del mundo que mas quiero, y con quien desecho toda tristeza;» y luego hizo poner la mesa rogando á Luzmán que con él cenase. Luzmán cumplió su voluntad, y así juntos cenaron; y acabada la cena le dijo Oristes: «decidme, amigo, ¿no me hareis un placer? — Si por cierto, dijo Luzmán, porque no hay cosa que por tu amor yo no haga. — Pues lo que yo quiero, dijo Oristes, es oírte decir algo en alabanza de mi pobreza, tañendo y cantando algunos versos. Luzmán, no haciéndose de rogar, tomó la arpa con que Oristes había tañido, y comenzó á decir lo que sigue:

La vida mas suave y deleitosa
De los hombres se ve mas despreciada,
Y la joya subida y mas preciosa
La vemos por el suelo estar echada,
Con cara miserable y vergonzosa
De muchos enemigos saltada,
Y aquesto por le dar perpetua muerte;
Mas no puede morir, porque es muy fuerte.

Aquesta es la pobreza, enriquecida
De la mayor virtud, que es la paciencia
Si tiene caridad con fe su vida
Engendrada con celo de clemencia.
Aqui no puede haber mortal caída,
Ni faltar el reloj de penitencia,
El cual recuerda al hombre descuidado
Al tiempo que se duerme en su pecado.

Amiclas fué constante en su pobreza,
Burlándose del César poderoso,
Estimando en muy poco su grandeza,
Con la cual nunca tuvo al fin reposo;
Pues ¿qué valió al rey Midas su riqueza,
Que de hambre murió muy congojoso?
Así que, por tener demasiado,
No se suele vivir mas descansado.

Debía de horar el hombre humano,
A quien faltó saber para entenderse;
Y estar siempre contento el buen cristiano
Que sabe refrenarse y conocerse.
Pues tiene dentro en sí su propia mano
Con la cual debe el hombre de vencerse,
Y es este vencimiento tan alivo
Que pone al vencedor renombre vivo.

Bien te puedes llamar dichosa Sena,
No habiendo dentro en tí moradas tristes;